La Fatalidad del Fuego Prometeico

Un estudio sobre el mito de Prometeo a partir de sus mitologemas y fuentes más representativas

E. J. Ríos

Departamento de Lenguas y Literaturas Clásicas
Universidad de los Andes – Venezuela
E.J.Ríos32@gmail.com

Prometeo es una figura propulsora de acontecimientos, por ello está asociada a la creación, al desarrollo de la técnica [*τέχνη*], al progreso, y es considerado como el forjador del intelecto humano; es un personaje que impone un hemistiquio en la sucesión del tiempo divino, puesto que, concentrado siempre en su individualidad, es el rebelde autócrata entre los titanes y los dioses. La filantropía de Prometeo hizo que se condoliera del funesto destino que Zeus tenía preparado para la raza de los *efímeros* mortales, y les entrego un don preciado para éstos: el fuego, el cual simboliza la "superación", pero también la pena y el estigma, quizás heredado del Titán, de enorgullecernos vanamente de tal don y hacer mal uso de él, hasta el punto que, en *pro* de la ciencia [*τέχνη*], seamos capaces de deshumanizarnos y llevar a la decadencia y al posible exterminio nuestra especie, la cual está condenada a perecer en la fatalidad de ese fuego prometeico.

El presente artículo, es un esbozo de un proyecto mucho más amplio, sin embargo, aquí ofrecemos un pequeño recorrido por el mito de Prometeo, abarcando un sucinto perfil del mismo, donde rastreamos sus posibles orígenes y las fuentes más representativas, además, analizamos sus motivos principales y diversos mitologemas que encierra, concluyendo con una reflexión a la que nos induce este mito el cual nos hace un llamado de alerta y nos exhorta a tomar cartas en el asunto del rumbo decadente, por la desenfrenadas ansías de conocimiento, que lleva nuestra civilización.

Palabras Claves: Prometeo, Hesiodo, Esquilo, logos, mito

The Titan Prometheus is a figure driving events, is therefore associated with the creation, development of the art [τέχνη] in progress, and is considered the architect of the human intellect is an imposing figure in a hemistich divine passage of time since, always focused on their individuality, is the rebel autocrat between the Titans and the gods. Prometheus's philanthropy made him mourn the doom that Zeus had prepared a short-lived race of mortals, and I give a precious gift for them: the fire, which symbolizes the "beyond" race, but also the pain and stigma perhaps inherited from Titan, vainly proud of this gift and misusing it, to the point that, for science [τέχνη], we are able to dehumanize and lead to decay and the possible destruction our species, which is doomed to perish in the fate of that Promethean fire.

This article is an outline of a much larger project, however, here we offer a little tour of the myth of Prometheus, comprising a concise profile of the same, we trace the possible origins and representative sources also analyze your main reasons and various mythologems it contains, and concludes with a reflection that this myth leads us which makes us a wakeup call and urges us to take action on the issue of declining course, the unbridled desire of knowledge, leading our civilization..

Keywords: Prometheus, Hesiod, Aeschylus, logos, myth

EL MITO DE PROMETEO

PROMETEO EL TITAN PRECAVIDO

Cuando se produjo la revuelta contra el segundo padre del cielo, contra Cronos, los Titanes se vieron de nuevo en la obligación de defender a su señor, ya que con él, el más grande de los Titanes, se habían levantado en otros tiempos contra el cruel Urano y con él se habían instalado en el poder. En aquel levantamiento, el padre Urano había sufrido una muerte atroz, tras haber sido sometido a la dolorosa y humillante castración -de la que nacería Afrodita- a manos de su hijo Cronos. Prometeo, que por algo tenía un nombre que indicaba la precaución, se dio pronto cuenta que la nueva lucha que se preparaba entre los hijos de Cronos iba a terminar con su señor y compañero, y decidió sabiamente no que darse a su lado, para evitar el dolor y sufrimiento de la derrota que preveía inevitable. Pero Prometeo no era un desertor o un traidor y quiso informar a los compañeros más cercanos de lo que él consideraba un peli gro innecesario. Por eso se puso inmediatamente al habla con su amigo y hermano, el Titán Epimeteo, y su disertación fue suficiente para convencerle a él cuando menos.

Cuando ya hubo cumplido su parte en el anuncio del riesgo, se puso al servicio de Zeus, de Hades y de Posidón, los tres dioses hermanos que encabezaban la rebelión, hijos que eran de Cronos y futuros dominadores del cielo y la tierra, para quienes iba a ser el Olimpo y el Universo por el resto de la eternidad. Como había previsto Prometeo, la lucha celestial fue feroz y los sublevados terminaron, tras esa inacabable serie de vicisitudes propias de los arreglos de cuentas entre las divinidades, con la victoria de los rebeldes hijos de Cronos. Al Tártaro fueron enviados los Titanes perdedores, a purgar su única culpa: la osadía de haberse opuesto a los ganadores. Hubo otros que tuvieron menos suerte, como pasó con el Titán Menecio, muerto por el rayo de Zeus. Otros quedaron fuera del castigo común, como fue el caso de Atlas, quien, sin embargo, quedó condenado a sostener sobre sus hombros el Universo para el resto de los tiempos. Afortunadamente, Zeus fue misericordioso con las Titánidas, a quienes se les concedió la gracia de la libertad.

LOS PRIMEROS ENFRENTAMIENTOS

Estando ya instalado en el nuevo reparto del Olimpo, junto a los triunfadores y en igualdad de condiciones con ellos, Prometeo tuvo la ocasión de codearse con los nuevos amos de la situación y la suerte inmensa de conocer, e incluso de entablar una provechosa amistad con Palas Atenea, la sabia y benefactora diosa, hija partenogénica y preferida de Zeus. De ella pudo aprender el sensato y ponderado Titán, que siempre fue persona cercana e interesada por la verdadera sabiduría a conocer a fondo el saber de los dioses, y a dominar todo lo que las denotas permitían hacer a los seres humanos sobre la faz de la tierra. Pero Prometeo era también - y sobre todo - alguien preocupado por repartir el tesoro de todos los conocimientos entre los humanos y obró en consecuencia, haciendo que les llegara a ellos lo mucho aprendido de Atenea. Mientras tanto, Zeus, ensoberbecido con su recién adquirido poder, estaba decidido a borrar a los seres humanos de la superficie terrestre, para cambiar la raza de los moradores existente entonces, y poner sobre ella a una nueva y distinta estirpe de mortales que fuera más de su agrado. El buen Prometeo, enterado de las peligrosas intenciones del dios y jefe supremo, se apresuró a interceder por la humanidad, sin detenerse a considerar si su intercesión podría disgustar o complacer a su señor.

Al final, y con esta suplicante actitud, consiguió salvarla de la desaparición preparada por Zeus. Pero la constante presencia del Titán, su creciente prestigio, su notable sabiduría y su ascendencia sobre los hombres, hizo que -finalmente- el dios se sintiera celoso de la valía de su vasallo, hasta el punto de que empezase a considerar conveniente eliminarlo del círculo restringido de las grandes divinidades.

LA INTELIGENCIA Y EL PODER

Prometeo no supo, o no quiso, darse por enterado de lo que pensaba Zeus sobre su persona, o de cómo se estaba fraguando un castigo ejemplar contra él, y siguió frecuentando a sus compañeros celestiales, como si nada sucediera. Así fue cómo un día, llamado a actuar de mediador en una disputa, volvió a incidir negativamente sobre el amor propio de su orgulloso soberano, al no saber contenerse Prometeo en su papel de árbitro, a pesar de su innegable inteligencia, y permitirse enfocar desenfadadamente la solución a la cuestión en litigio, que era verdaderamente ridícula, pero que se convirtió en un problema de lo más espinoso.

La pugna se centraba en un punto de la liturgia, era una discusión sobre cuál debía ser la pieza de un toro (sacrificado ritualmente) que había de ser ofrecida a los dioses (es decir, a ellos mismos) y cuál podía quedar entre los humanos, para su consumo y disfrute. Como Prometeo era el abogado de los hombres y -además- era uno de los Titanes que nacieron del matrimonio de Urano y Gea (aunque sobre los orígenes de los Titanes hay tantas leyendas como es acostumbrado que haya en los hechos fundamentales). Por todo esto, gozaba de todas las cualidades para saber de lo divino y lo humano. Pues bien, Prometeo aceptó la tarea y se fue al lugar de la discusión, para ver de resolver la estéril pugna. Una vez que estuvo allí, entre los contertulios reunidos en Mekone o Sición, se encargó de tomar al toro sacrificado en sus manos, lo desolló cuidadosamente, apartó la piel a un lado, reservándola para más tarde, y se puso a hacer de matarife, cortando la canal con maña y despiezándola con mayor destreza todavía. Después, a escondidas de los contendientes, dispuso los trozos según su personal y astuto criterio, para realizar el experimento que pondrá a prueba la pretendida inteligencia de unos dioses que se molestaban en porfiar sobre asuntos tan pedestres.

LA BURLA A ZEUS

Prometeo, demasiado confiado con su suerte, se decidió a rematar la discusión y lo vino a hacer, nada menos que de la siguiente manera: tomó la mitad de la piel del toro, piel que había cortado en dos trozos de igual tamaño. De ella hizo una bolsa y en ésta dispuso los mejores cortes de la res, pero el todo quedó cubierto por las tripas, de modo que fueran éstas las que se vieran rebosar en la bolsa. La otra mitad de la piel, también cosida como bolsa, fue utilizada para guardar el montón de huesos pelados, las ternillas y algunos pellejos sobrantes, pero en la boca de la bolsa colocó -con sugestiva disposición- grandes tajadas de sebo, como si aquélla fuera la mejor de las opciones.

Tras preparar su broma, llamó Prometeo a Zeus, para que fuera él mismo quién decidiera cuál debía ser la parte reservada a los dioses. Zeus se acercó inocentemente, ya que ni por asomo podía imaginarse que uno de sus súbditos encontrara gracioso el burlarse de una divinidad de su indiscutible categoría, consideró suficiente el echar un desdeñoso vistazo a los sacos, eligiendo el de la grasa fresca y reluciente, ya que era obvio que el otro, el de las tripas, no podía albergar ningún manjar apetecible para los exquisitos habitantes del Olimpo. Prometeo podía haber aprovechado el momento de confusión para hacer ver, en un aparte, a su señor lo complicado que era el mundo de las apariencias y haberle invitado a la reflexión de una manera sabia y prudente; pero no lo hizo así, y se puso en público a burlarse de Zeus, haciendo ver lo necio que podía resultar el dios de los cielos, que se dejaba engañar por los sentidos, en lugar de emplear la razón y la cautela del sabio. La respuesta de Zeus a la impertinencia del Titán fue sumamente moderada, ya que, en vez de fulminar a quien de él se reía, dirigió su enojo a los humanos, a aquellos protegidos de Prometeo, diciendo que, toda vez que se quedaban con la carne del toro sagrado, que fuera sin el fuego como la comieran, cruda, como la comían las bestias. También debemos decir que, dado que Zeus había elegido la parte de los dioses, aunque se hubiera equivocado, esa ración de huesos y grasa quedó para los dioses en la liturgia griega, porque un dios como él solía hacer cualquier cosa que deseara, menos reconocer su error.

EL FUEGO ROBADO Y SU CASTIGO

Prometeo se dio entonces cuenta de la torpeza e inoportunidad de su frívolo proceder y, animado más todavía por su amor a los hombres (a quienes hay quién dice que él formó, moldeándolos con sus pro pias manos del barro de la tierra), decidió recuperar el favor del fuego para ellos, inocentes víctimas de un juego que les era ajeno. En primer lugar, se fue a ver a su maestra, la poderosa y gentil Atenea, seguro de que una diosa que tanto había hecho por la humanidad, no dejaría de ayudarle en este trance. Le pidió que le facilitara el acceso clandestino al Olimpo y la diosa le concedió tal petición sin dudarlo ni por un momento, pues ella se daba cuenta de la necesidad de arreglar el error de Prometeo y reparar la desproporcionada reacción de su rencoroso padre. Conseguido el paso a la región más reservada del reino de los dioses, Prometeo pudo acercarse al carro solar, tomar de él una porción encendida que escondió hábilmente en el interior de una caña hueca, saliendo de nuevo sin que nada lo delatara ni nadie lo descubriera. Llegado a la tierra, pasó el fuego a los humanos y consideró que su culpa ya estaba expiada: la humanidad había recuperado su derecho al fuego. Zeus no tardó en enterarse del hecho y su furia se decuplicó; ahora sí que tenía muy claro que Prometeo había de pagar por el robo del fuego y no los hombres, pero no planteó de este modo su venganza y lanzó la especie de que el desagradecido Titán había intentado seducir con mentiras a su virtuosa hija en el mismísimo Olimpo, lo que hacía que la falta fuera doblemente sacrílega. Así que mandó prender al Titán y lo encadenó a una columna situada en los montes del Cáucaso, en donde quedó a expensas de un buitre o de un águila, un ave de presa insaciable, a fin de cuentas, que durante el día desgarraba su piel y devoraba su hígado. Por las noches, incansablemente, se regeneraban las desaparecidas entrañas y se cerraba la tremenda herida, que cicatrizaba limpiamente, sólo para que al amanecer siguiente, el infernal pajarraco se lanzara de nuevo sobre su víctima, para multiplicar hasta el infinito el dolor y la desesperación de Prometeo.

EPIMETEO Y PANDORA

Zeus no sólo había pensado en castigar a Prometeo, también decidió extender su venganza a su hermano Epimeteo (cuyo nombre significa falta de reflexión) y, para ello, mandó a Hefesto elaborar una mujer de barro que habría luego de cocer al calor de su forja, una muy hermosa mujer, a la que los Vientos soplarían el espíritu de la vida, y a quien las diosas llenarían de toda suerte de encantos y gracia. La muñeca de aspecto humano se llamó Pandora y fue enviada bajo la custodia de Hermes al infeliz Titán; como todavía Prometeo no había sido castigado por Zeus, pudo advertir a Epimeteo que la supuesta generosidad del dios encerraba algún tipo de daño secreto, en especial una caja que acompañaba a la vacía y necia dama, de la que nada bueno podía salir. El hermano, que ya tenía fehacientes pruebas de la sensatez de Prometeo, tomó buena nota del consejo y rechazó con excelentes modales y corteses excusas el atractivo regalo, haciendo ver que no lo tomaba porque no se consideraba merecedor de tan magnánima esplendidez, para no aumentar la aversión de Zeus hacia los Titanes amigos, ni su encono con una negativa tajante. Al oír la respuesta y comprobar que -por mediación de Prometeo- fallaba su perversa estrategia, el airado dios supremo se decidió a atacar a Prometeo, ahora ya directamente, encadenándole a perpetuidad en las inhóspitas y remotas alturas del Cáucaso, y sometiéndole allí a esa eterna tortura de la que acabamos de hablar.

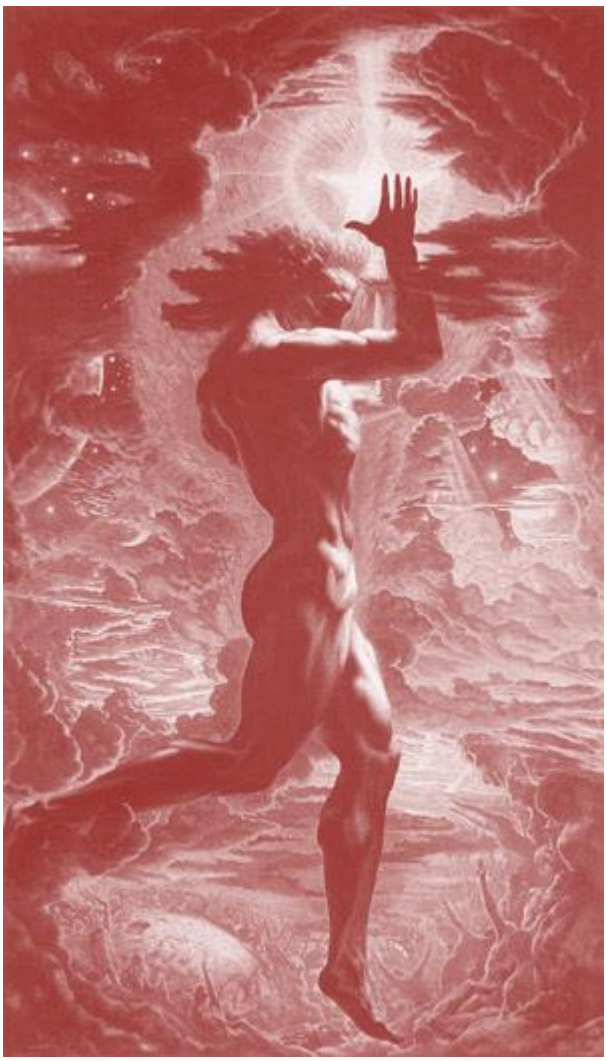
Epimeteo, más asustado que nunca, pensó que no podía permitirse el lujo de enfadar a Zeus y le hizo saber que estaría encantado de recibir a Pandora a su lado, tomándola como su esposa, para que se cumpliera plenamente la voluntad expresa de Zeus. Así se hizo, Epimeteo casó con la indescriptiblemente bella y totalmente inútil mujer, dejó que ella abriese su maldita caja, en la que se habían encerrado todos los males conocidos, y, como ya sabemos, los males se extendieron inmediatamente por todo el planeta, llevando a la humanidad al borde de la desesperación, casi al suicidio. Afortunadamente, la Esperanza, que se había quedado en el fondo de la caja de Pandora, pidió a los humanos que recapacitaran y mantuvieran viva su fe en un futuro mejor.

FINALMENTE, HERCULES

Prometeo había ganado la inmortalidad en el canje de su vida mortal por la inmortalidad del centauro Quirón, que sólo deseaba poner fin al insufrible dolor ocasionado por el veneno de las flechas de Hércules, con las que sin querer se había herido. Ahora, anclado con cadenas a su tormento eterno, debía estar añorando la muerte, como lo había hecho Quirón con él, pero no existía posibilidad visible de obtener esa gracia, menos aún estando en medio Zeus, el origen de toda su desgracia. Desde luego, lo que no podía imaginar era que las flechas de Hércules, causa involuntaria de su inmortalidad, iban a poner fin a su infortunio. Ocurrió de la siguiente manera: Hércules, que pasaba por el Cáucaso, vio el siniestro espectáculo del ave devoradora, tomó arco y flecha, apuntó cuidadosamente y, ¡zas!, el maldito pájaro se desplomó al abismo, herido de muerte por el certero disparo del héroe. Cuando Prometeo miró en la dirección en la que había volado la flecha salvadora, vio a Hércules avanzando hacia él, como una visión de ensueño. Pero era cierto, Hércules subía por los riscos y se acercó a él, rompió las cadenas y le dejó en libertad. Zeus supo al instante lo ocurrido, pero Hércules era su hijo y nada podía hacer en contra de su acción, así que se limitó a tratar de salvar su amor propio con una última nimiedad. Como había condenado a Prometeo a estar sujeto por el hierro de las cadenas, hizo prometer al Titán que éste llevaría una sortija, cuando menos, hecha de ese hierro, para que nadie pudiera poner en duda que el reo había roto la condena por su voluntad. Prometeo, más que feliz, cumplió lo pactado y rápidamente se hizo una sortija con el hierro de uno de los inútiles eslabones; ahora ya no le preocupaba en absoluto quedar metafóricamente aherrojado hasta el fin de la eternidad con el material de la cadena.

PROMETEO, AGRADECIDO A HERCULES

Como era de esperar, el gesto de Hércules no pasó sin su merecida recompensa, máxime cuando de todos es sabida la generosidad de Prometeo y su afán por atender a todas las causas nobles, y más aún cuando su liberación no sólo fue un acto de valor, al enfrentarse el bravo con tan terrorífica ave de presa, sino una rebelión abierta hacia el Zeus condenador. Por tanto, y siendo como era un ser capaz de conocer los secretos del Universo, reveló a Hércules la forma única de acercarse a su próximo objetivo y el undécimo de sus trabajos, el mítico jardín de las tres Hespérides, Aiglé, Eriteia y Hesperatusa, en un lugar paradisiaco situado hacia el Poniente, no se sabe bien si cerca de Italia o más allá de las columnas también atribuidas al héroe Hércules. Estuviese donde estuviera, había en el jardín en el que vivían estas divinidades unas manzanas que él debía aportar como prueba de su capacidad, pero tenía Hércules que burlar la vigilancia de las Atlántidas, llamadas así también por ser hijas de Atlas el Titán y Hésperis, y ellas cuidaban muy atentamente que nadie desconocido pudiera acercarse al huerto y, menos aún, tocar o tomar una sola de las manzanas, puesto que las jóvenes debían rendir cuenta de los árboles y sus frutos a su propietaria, Hera, que nunca fue una diosa con la que se pudiera eludir responsabilidades. Los árboles, ya lo hemos comentado, daban frutas de oro y eran tan valiosos que su tutela se complementaba con la continua presencia de un monstruoso dragón de cien cabezas, Ladón, un peculiar hijo de Tifón y Echidna. Para no extendemos en el terreno mitológico que ahora no nos compete, digamos tan sólo que Prometeo le dijo a su salvador que la solución estribaba en reclamar la ayuda de su hermano Atlas, condenado a sostener el Universo sobre sus espaldas, y que Hércules siguió su prudente consejo.



La Fatalidad del Fuego Prometeico

Un estudio sobre el mito de Prometeo a partir de sus mitologemas y fuentes más representativas

E. J. Ríos

I. Prometeo en la mitología: Perfil del mito

I.1. Orígenes del Mito

Asimismo como no se tiene referencia cierta de los mitos acerca de los titanes, no se cuenta un origen único del mito de Prometeo ni es solo una región atribuible su cuna. Según Wilamowitz[1] esto podría dividirse en dos grupos que implican ambas cuestiones: por un lado, nos nombra un Prometeo celebrado por los jonio-áticos, el Πρόμηθος al cual se le atribuía la fundación de la ciudad de Códrida, cerca de Colofón, y era venerado en Atenas en la fiesta de los Προμήθια, según el nombre que se aprecia en la inscripciones; y, por otro lado, menciona al Prometeo de la región de Beocia limítrofe con la Lócrida el: Προμηθεύς que se veía muy emparentado con Hefesto como dios de la alfarería y de la metalurgia; y, al parecer, era este el rasgo que se exaltaba en la fiesta que se practicaba en su honor en el período cerámico llevándose a cabo una carrera de antorchas, la cual era un acto simbólico de *portar el fuego* divino [Πυρφόρος] esencial para la creación de las artes, era pues un símbolo de progreso y por tanto no había perdedores en dicha carrera, tanto el primero como el último en llegar celebraba victorioso el triunfo de la civilización.

Estos datos nos hablan de los posibles lugares de gestación del mito así como de la tradición que lo envuelve, pero aún quedaría pendiente develar los orígenes de otros aspectos de Prometeo; a través de la etimología del nombre, la mayoría de los mitólogos coinciden en no dudar atribuirle un origen netamente griego, de donde la preposición —προ [antes de, con antelación] y el sustantivo —μῆτις [sabiduría, ingenio, prudencia] han dado el sentido de *el que piensa con antelación* lo cual se ajusta perfectamente a la figura mítica. Sin embargo hay quienes buscan otro origen en su etimología[2] y que ciertamente evoca otro aspecto prometeico relevante como es su asociación con el fuego. Se trata de emparentarlo con los pueblos orientales como la India e Irán y hasta con mitos germanos.[3] En el primero de los casos acuden a la palabra sánscrita védica pramantha la cual significa "bastón giratorio" y de tal vocablo ellos derivan Pramanthius o Pramathius de donde comprenden una asimilación con el vocablo griego Προμηθεύς que designa el nombre de Prometeo. Quizá haya que buscar tal relación en la lengua que le sería común a

[1] WILAMOWITZ, *Aischylos Interpret.*, p.144 en SÉCHAN, *op. cit.* p. 12
[2] CURTIUS, *Grundzüge der Griechischen Etymologie*, p. 335; A. KUHN, *Herabkunft des Feuers und des Göttertranks* [Origen del fuego y del néctar], pp. 14-20 y 35; BRÉAL, Mélanges de mythologie, p. 15
[3] Cf. MEDRANO, G. L., *Prometeos*, Madrid 2001,p. 55

ambas, es decir, el indoeuropeo que presenta la raíz man y por extensión en alguno de sus casos man-dh que responde a las ideas de 'pensamiento', 'reflexión', o 'sabiduría'.[4] No obstante, tal parentesco no deja de ser simple especulación.

Por otro lado, tenemos otra asimilación con otra deidad hindú Agni[5] el cual muchas veces se presenta en los textos védicos con el apelativo de Prámatih [El previsor] de modo que tanto por su naturaleza de deidad del fuego y por medio de su apelativo podamos ver un reflejo del nombre de Prometeo, aunque quizá tampoco se pueda descartar otra deidad relacionada, ya no por parentescos etimológicos sino por la función que cumple en aquella mitología, Mâtarisvan, quien entrega el fuego bajado del cielo por Agni al clan de los Brighu, quienes ensoberbeciéndose de tal don no le dan provechosa utilidad lo cual les vale el posterior castigo de Indra. Del mismo modo se ha querido emparentar dioses ígneos de muchas otras culturas como Atar en Irán o el dios Loki de la mitología escandinava y muchas otras concepciones acerca de la caída del hombre que presentan casi todas las mitologías del mundo pero esto quizá se deba, más que a un posible emparentamiento de vocablos, a la susceptible e interesante capacidad que tienen las culturas del mundo para dar con relatos, mitos y leyendas que abarcan temas cónsonos al espíritu humano.

[4] Cf. BOISACQ, *Dictionnaire étymologique de la langue grecque*, pp. 626-627 y ss. en BACHELARD, *op.cit*, p.144
[5] Sic: Es el dios védico del fuego. Su propio nombre significa fuego, y está relacionado con cierta raíz, *ag*, que significa moverse tortuosamente; de ahí deriva también el latino *ignis*. Divinidad de notable importancia, a la que está dedicado el mayor número de himnos del *Rig Veda*, con excepción de los dedicados a Indra. (…) Cf. IZZI, M., *Diccionario Ilustrado de los Monstruos*, Barcelona 1996, pp. 14-15

I.2. Prometeo en la Tradición Mitológica

Según Otto Seemann[6] los griegos concebían muchos mitos y leyendas sobre el origen del hombre, aunque ha considerado, que al menos tres vertientes distintas de estos mitos antropomórficos eran las más relevantes: la más antigua, aquella que hacía surgir a los hombres de piedras o de árboles, otra donde es Zeus y los dioses olímpicos quienes deciden, en una época más tardía, crear al hombre, y por último, la tercera le corresponde a Prometeo hijo del titán Japeto y de Clímene. Hace gran hincapié en la temporalidad del mito, es decir, se pregunta por la diatriba del origen del hombre en una era primaria y arcaica, o más bien correspondiente a una era postdiluviana donde Deucalión[7] es el gran protagonista. Acota además, en relación con el origen del hombre, otra disyuntiva pertinente: la de su condición, según se plantee o se ubique el hombre en la temporalidad del mito y según la relación de éste con los dioses, más concretamente, bajo la doble concepción del hombre en su estado primitivo: como ser telúrico en estado salvaje, apenas distinto del de las bestias, y que sólo a costa de grandes esfuerzos, y por la ayuda de los dioses logra liberarse, o más bien, el hombre, ya no como un simple habitante de la tierra envuelto en todas las vicisitudes que ello entraña, sino como ser divinizado en convivencia con los mismos dioses en una era dorada que, sin embargo, con el tiempo se derrumba debido a su soberbia que termina por condenarlo a caer de ese estado de gracia y precipitarse a una condición salvaje e irracional.[8]

Esta doble coyuntura del estado primario del hombre deja abierta dos interrogantes: si el mito de Prometeo como hacedor de hombres, se prescribe en una era arcaica, antediluviana, donde solo los titanes y los dioses existían, estando encargado de crear la raza de los hombres, podría muy bien preguntarse si Prometeo, en su envestidura de titán, no alcanzaría también para atribuírsele una función cosmogónica, y por otro lado, suponiendo todo lo contrario, es decir, comprendiendo la otra versión de la creación del hombre asignada a Deucalión que crea, o más bien repuebla la tierra, luego de haber sido

[6] SEEMANN O., *Mitología Clásica Ilustrada*, Barcelona 1958, *Mythologie der Griechen und Römer,* trad. Eduardo Valentí. p. 326

[7] El mito de Deucalión, hijo de Prometeo, le atribuye a él junto a su esposa Pirra, hija a su vez de Epimeteo y Pandora, la creación del hombre en un estado palingenésico del mundo. "Cuando su padre le advirtió de la inminente catástrofe, Deucalión construyó una barca con la que él y Pirra llegaron sanos y salvos a la cumbre del monte Parnaso. El oráculo de Delfos les ordenó arrojar los huesos de sus madres por encima de los hombros. Al darse cuenta de que los huesos significaban las piedras de la tierra, ellos obedecieron, y de las piedras surgió una nueva raza humana." *Ibid* p. 332

[8] Idem

anegada por la furia de los dioses incitada por la insolencia de una antigua y corrompida humanidad; quedando fuera Prometeo como artífice de hombres, ¿Quedará entonces en evidencia que la falta del titanida no es la creación de un nuevo ser, sino la trasgresión de suministrar el fuego a los hombres? Pues, ciertamente, en las versiones donde Prometeo funge de creador se ve siempre respaldado por la divinidad, en algunos es el mismo Zeus quien secunda al titanida en la creación, mientras que en otros se trata de Atenea quien infunde su aliento divino a los hombres, después de haberlos modelado Prometeo.[9] Ahora bien, en cuanto al primer planteamiento sobre la temporalidad del mito, su carácter antropogónico y los aspectos de la condición humana se debe, principalmente, examinar dos fuentes, sino las más antiguas, sí las más emblemáticas, recogidas en las obras de dos grandes de la literatura griega: Hesíodo y Esquilo, el primero lo ilustra en su *Teogonía*; [10] allí se nos ofrece un Prometeo participante [μεθέκτης] del Olimpo, incluso aún amigo de Zeus, benefactor del dios en la teomaquia suscitada para arrebatar el trono a su padre Cronos, y como beneplácito de su alianza en esa batalla se le concede ser el repartidor [είμαρμένος] del banquete que luego Prometeo parcializa a favor de los hombres y que marca las discrepancias entre el titanida y el Padre del Olimpo, el robo del fuego se expresa como una venganza burlada y el castigo como venganza redoblada.

Al parecer, la *Teogonía* presenta el mito con un carácter etiológico, fundamentando tres aspectos de la vida de los hombres: la repartición de la víctima para los sacrificios a los dioses, cómo el hombre obtuvo el fuego y el por qué, gracias a su origen, la naturaleza de la mujer resulta la ruina para el varón. El objetivo que se traza es explicar porque se le ha impuesto severo castigo a Prometeo y el por qué dios se ensaña con los protegidos de éste propinándoles también un castigo, como eco del castigo de su protector. Otro de los aspectos importantes se presenta en *Los Trabajos y Días*[11] en donde se puede apreciar la concepción de Hesiodo de la condición del hombre en su estado primitivo, el cual presenta la idea del hombre divinizado y que a causa de sus errores va descendiendo paulatinamente de condición, pasa de la convivencia con los dioses a la total decadencia, reflejada en la explicación mítica del poeta de la transición de las edades del tiempo divididas en cuatro

[9] Esta versión del mito se puede constatar, además de las diversas fuentes literarias, por medio del conocido grupo escultórico que figura en el sarcófago encontrado en Arlés, hoy en el Museo del Louvre.
[10] vv.535-617. y en relativo grado en *Los trabajos y los Días* vv. 45-105
[11] v.108 y ss.

períodos: la edad dorada, de plata, bronce y hierro.[12] Además nos señala el mito de Pandora, castigo para la raza de los mortales, por el ardid de su defensor Prometeo, de modo que en *Trabajos y Días* se pone énfasis es en el padecimiento del hombre por la astucia y burla del titanida, poniendo de manifiesto la condición mortal ceñida a los designios y actuaciones de los dioses circunscritos al Olimpo, es decir, se muestra a un Prometeo propiciador de calamidades para la humanidad que consecuentemente va descendiendo de estado: cae en desgracia por la venganza, la soberbia y la impericia de los mismos dioses quienes, de un modo u otro, escriben y señalan su funesto destino, sin que pueda ser remediado, de hecho quien pretendía hacerlo se ve atado a una columna con forjada cadena durante eones y asimismo sus protegidos no se ven libres de castigo aherrojados a la fatalidad de su destino de soportar las calamidades que implica la mortalidad, y aunado a ello, el funesto y sarcástico castigo de abrazar y rodear de amor la causa de sus desdichas, las descendientes de Pandora: "la funesta estirpe de las tribus de las mujeres".[13] Así pues tenemos que Hesíodo pone muy en relevancia el castigo como doble elemento aleccionador, por un lado, el castigo de los titanes se reparte según la osadía e irreverencia contra el Padre de los dioses, manifestando con ello su poder y su soberanía como regidor del Olimpo, pues se muestra inflexible, sin miramientos de jerarquía ni predilección, muestra que los errores, sea quien sea los cometa y sin importar el móvil de la falta, no se quedan sin justo castigo; y en el caso del castigo que adquieren los hombres por simple secuela de los actos de Prometeo, también entraña una concepción bastante difundida en el tratamiento de la ἁμάρτία [error, falta] en la antigüedad y que tuvo harto eco en la cristiandad que quizá cristalizó dicha moraleja en la sentencia de "pagarán los justos por los pecadores" que también Hesíodo nos lo advierte en la misma obra que venimos tratando cuando dice: "Muchas veces hasta toda una ciudad carga con la culpa de un malvado cada vez que comete delitos o proyecta barbaridades". [14]

Esquilo hace un tratamiento del mito mucho más enriquecido en detalles si se quiere, además entraña factores psicológicos en cada personaje que no se ven en la reseña hesiódica del mito, claro está, hay que destacar que la obra de Esquilo se trata de una tragedia la cual tiene como componente fundamental eso mismo: la riqueza psicológica con la que se deben cargar los personajes a efectos de la teatralidad de la acción, aunque,

[12] Hesíodo sitúa la raza de oro en tiempo de Cronos; la segunda, la raza de plata, es más difícil de localizar, pero, en resumidas cuentas, parece relacionarse con el período militante del reinado de Zeus; las tres últimas, las de bronce, de los héroes y de hierro, pertenecerían a continuación de su reinado. En relación con la raza superpuesta que menciona Hesiodo: la raza de los héroes, los críticos no han dado una respuesta convincente.
[13] *Teog.* v.591
[14] *Trab.* v240

ciertamente, la obra del *Prometeo Encadenado* se presenta rígida, casi sin escenarios, ni movimientos drásticos, si no existieran los personajes que sirven de interlocutor a la víctima de la venganza de Zeus, la obra parecería más bien un monólogo, al parecer es la única obra de Esquilo donde se presenta este tratamiento. "Sólo el Prometeo ve que su acción se desarrolla en un lejano desierto en donde el Poder y la Violencia se ejercen sin mediación"[15] aunque quizás haya que hacer cierta salvedad si se toma en cuenta que este Prometeo podría ser el trama central de una trilogía[16] donde desaparece la acción, pues el héroe de la obra, se encuentra atado a la roca del Cáucaso inmovilizado, e inmovilizando por ende la acción de la obra. Pero lo que verdaderamente contrasta con la versión hesiódica es la presentación de la raza humana en un estado salvaje y que sólo gracias a la intervención del titanida la humanidad *ve la luz* y sale de la ignorancia que lo asimila al bruto por medio de las estratagemas y ardides de Prometeo que le proporciona el fuego de los dioses sin escatimar secuela alguna presentándose en todo momento como un benefactor de la humanidad; y si está implícita una condena por parte del iracundo y vengativo Zeus, Esquilo parece presentarla como una denuncia del tratamiento injusto que recibe Prometeo, parece no condenar al titán por su acción temeraria sino que lo presenta como víctima de la magnificencia orgullosa del Padre de los dioses , mientras que, en contraste, Hesíodo lo condena y lo llama "Prometeo el de taimados pensamientos"[17] y es que si bien, se muestra benefactor de los hombres restituyendo el fuego vetado por Zeus airado por la mala repartición del banquete, también es cierto que se presenta como el principal culpable de los pesares de la humanidad y es ciertamente, a nuestro parecer, el castigo de los hombres por medio de Pandora en la que se hace más alusión en esa obra, se le coloca mucho más énfasis a ese particular que al suplicio mismo del titanida, quizá subrayando a Prometeo como origen del mal. A este respecto concuerda Louis Séchan quien lo sintetiza del modo siguiente:

> "En conjunto, el Prometeo de Hesíodo es mucho menos un bienhechor que el artífice de la decadencia de la humanidad, condenada por su culpa al duro trabajo y al sufrimiento. Se ha podido decir con razón que su actividad enredadora, aunque bien intencionada, servía esencialmente para explicar, en el antiguo poeta, la aparición del mal en la Tierra" [18]

Y en el mismo sentido sintetiza la perspectiva esquiliana de un Prometeo benefactor de los hombres, el cual los impulsa al progreso sacándolos de la ruin condición en la que se hallaban sumidos; se presenta pues a Prometeo como héroe de una humanidad hundida en

[15] VERMET & NAQUET, *Mito y tragedia en la Grecia antigua vol.II*, Madrid 1989, p. 101
[16] Un Prometeo portador del fuego y un Prometeo liberado que se piensa abrirían y cerrarían la trilogía
[17] *Teog.*, 565; *Trab.*, 50; *Teog*., 546; *Trab*., 48
[18] SÉCHAN, L., *El Mito de Prometeo*, Buenos Aires 1960, cap.II, p. 19

la ignominia de Zeus quien maquinaba la aniquilación de tan abyecta raza, remembranza de la soberanía de su padre y oponente: Cronos. Veamos la síntesis que hace Séchan:

> "Muy diferente resulta la concepción de Esquilo, que hasta es, puede decirse, lo contrario de la Hesiódica. En primer lugar, en efecto, describe la evolución de la humanidad en sentido opuesto a Hesíodo, y, por una inversión de perspectiva, sustituye el tema de la decadencia con el del progreso. En lugar de postular una edad de oro primitiva, insiste en la condición miserable de los primeros hombres, que vivían en grutas oscuras, desarmados e ignorantes, presa de todos los males, de todos los peligros de mil terrores. Compenetrado, como otros pensadores, el orgullo que proporciona la conciencia de los progresos ya realizados, atribuye a Prometeo las conquistas fundamentales y lo representa a la vez como el salvador del género humano y el promotor del hombre hacia sus altos destinos." [19]

Aún más allá de presentar a Prometeo como protector del género humano, no cabe duda, que lo sublima casi a la posición de un héroe, que desafía a la máxima autoridad en detrimento de su propio sufrimiento, y que lo ennoblece bajo la otrora acción del titanida a favor del Cronida quien se ciega ásperamente ante la burla y no tiene reparo en castigar al héroe. Esto según Séchan agudiza el carácter combativo y defensivo de Prometeo.

> "Alimenta también la combatividad de su héroe la indignación que le causa la ingratitud de su adversario, el cual había sostenido en su guerra contra los Titanes. Este detalle, desconocido para Hesíodo, es fruto de la libre imaginación del poeta, a menos que derive, según se ha conjeturado, de alguna *Titanomaquia*[*] perdida"[20]

Esto, a nuestro parecer, además de figurar un aliciente pernicioso para el conflicto entre las dos figuras míticas en cuestión, conlleva evidentemente una doble premisa moral, y quizá también inversa, al suponer que no se obvia la falta prometeica, pero tampoco pasa desapercibida, la falta del Padre de los dioses, quien aún es considerado un ser bélico, vengativo e inflexible, es pues un reclamo donde se expresa que tan alto grado y jerarquía en el reino del Olimpo debe mantenerlo un dios capaz de estar exento de toda falta y debe poseer nobleza y entereza de corazón, debe ser un dios capaz de vencerse a sí mismo, cuestión que, ciertamente no posee aún el Cronida y por lo que Prometeo conoce la debilidad de su reino y como previsor ya sabe cual será su destino y en ese secreto halla el titanida su esperanza de liberación. En este sentido Séchan acota:

[19] Idem
[*] P. MAZON, *Notice*, p. 154 (N.del A)
[20] *Ibid*. P.25

> "El Zeus militante de las teomaquias, en efecto, tenía que vencer, además de los obstáculos externos, sus propios instintos de lucha y de venganza, para dar así a su poder un sólido fundamento moral." [21]

Según Medrano Luri, dando una razón sustentable que aclare la actitud incisiva que llega a tener Zeus contra Prometeo, alega que lo que pretende el Cronida sujetando al infractor es, en el fondo, asegurar su posición como Gobernante del Olimpo, objetivo en el que ciertamente fracasa en la tragedia de Esquilo debido al orgullo prometeico. Veamos:

> "En el Prometeo Encadenado Zeus está inquieto, inseguro, necesita demostrar urgentemente que es el único soberano del universo. Y es esto, precisamente, lo que no podrá demostrar en esta tragedia, puesto que es incapaz de vencer la resistencia de un Prometeo que proclama con orgullo «¡A mi poco me inquieta Zeus!»." [22]

De modo que se podría inferir que hay una reacción por parte del Cronida ante la obstinada negativa de Prometeo, quien no cesa de contrariarlo, de perturbarlo por medio de la intriga; ya que tiene guardado un terrible secreto que develaría el funesto destino del Padre del Olimpo. En cierta medida Prometeo posee la clave de la sujeción de su reino y por tanto teme, y es implacable contra el Japetonida y por extensión a la humanidad que desea destruir. Al parecer en las otras dos tragedias que completaran el ciclo es precisamente, piensan los críticos, donde finalmente Zeus logra estos propósitos sublimándose en todo su esplendor moral y cristalizándose como *Soberano del Universo* quien ahora ha dejado atrás su cariz bélico y vengativo y aflora en la perfección de la conciliación de la armonía que departe equitativamente a su reino. Este rasgo distintivo en la versión del mito de Esquilo es un matiz de contraste con la versión hesiódica en donde jamás se advierte tal temor ni inquietud por parte del Padre de los dioses.

Ahora bien, estos son los contrastes más pronunciados y relevantes entre las versiones encontradas de Hesíodo y Esquilo, quedan algunos otros que quizá ya no se deban a la poética de los autores sino más bien a las tradiciones mismas y por tanto haremos somera mención de estas diferencias: El más sobresaliente de ellos es el modo de suplicio de Prometeo, tanto en su forma pragmática como en la forma de su representación y los significados que entraña. En la versión hesiódica Prometeo es atado a una columna mientras que Esquilo lo hace encadenar a una roca en una región desértica con vista al mar para acrecentar las ansias de libertad de la víctima y para que se encontrara siempre frustrado ante las cadenas; y es que insistimos que el carácter dramático cargado de

[21] *Ibid* p.16
[22] *Op. cit*. p.62

artilugios psicológicos a efectos de la teatralidad marca la pauta de la tragedia y es precisamente este rasgo que la versión de Hesíodo no contempla, pues al contrario que Esquilo no se "apiada" del Titán, mientras que este último subraya su sufrimiento de hecho según Séchan Esquilo introduce el suplicio en tres fases: lo encadena en un peñasco del Escita, lo precipita a las profundidades subterráneas y un nuevo encadenamiento en el Cáucaso con el agravante del águila que le devora el hígado;[23] ciertamente Hesíodo presenta el suplicio del encadenamiento y del águila royéndole las entrañas al Titán en una sola escena, sin fase alguna. Mientras que Hesíodo las cadenas son merecido castigo y moral justicia, en Esquilo representan la imposición del dominio por la *fuerza* y la *violencia*, la inequidad divina. Otro factor digno de mención quizás sea el de su posterior liberación en donde ambos poetas coinciden en que ésta no será eterna y que será Heracles el encargado de liberar al astuto Prometeo; el punto opuesto se encuentra en el asunto de que si Zeus conciente este acto o no en Hesíodo esto se manifiesta claramente[24] mas en Esquilo no se halla de forma directa pero quizá, asumiendo todo lo antes dicho en cuanto su tratamiento, haya que suponer o una rotunda negación o una liberación sin consentimiento alguno por parte del Cronida. Por otro lado tenemos la versión que hace Platón en su Protágoras la diferencia más acuciante de esta versión es que Platón sí coloca a Prometeo como *hacedor de hombres*, tarea asignada por el Cronida, de igual modo se le asigna la repartición de los dones que confía a su hermano Epimeteo quien no escatima don especial para el hombre y esta negligencia es la que mueve a Prometeo a robar del taller de Hefesto la "habilidad técnica" [τέχνη] rasgo característico éste pues se sustituye el elemento puro: el fuego, por la aplicación de éste: la técnica.

De colofón también presentamos la versión evemerista la cual afirma que:

> "Prometeo, siendo de la familia de los Titanes, sufrió la persecución de que Júpiter los hizo objeto: fue obligado a retirarse a la Escita, donde se halla el monte Cáucaso, y allí permaneció, sin atreverse a salir durante el reinado de Júpiter. El pesar de llevar una vida miserable en un país salvaje es el buitre que le devora el hígado; ¿o bien ese buitre es sólo una imagen viviente de las profundas y penosas meditaciones de un filósofo? Los habitantes de la Escita eran extremadamente toscos y no tenían leyes ni costumbres. Ese príncipe pulcro y sabio les enseñó a llevar una vida más humana; quizá por eso se llegó a decir que él había formado al hombre con ayuda de Minerva. Por último, el fuego que arrebató del cielo son las figuras que estableció en la Escitia; puede ser que Prometeo, temeroso de no encontrar el fuego en ese país, lo haya llevado hasta allí en el alto de una férula, que es una planta muy apropiada para conservarlo durante varios días. En fin Prometeo, aburrido de la triste estadía en la Esecita, fue a terminar sus días a Grecia, donde se le rindieron honores divinos o, al

[23] Cf. *Op cit*. p. 23-25
[24] *Teog*. v.524

> menos, los honores reservados a los héroes. Tenía un altar en la Academia de Atenas, y se instituyeron en su honor juegos que consistían en correr desde ese altar hasta la ciudad con antorchas que era menester impedir que se apagaran."[25]

Como puede verse esta versión se aparta de todas las anteriores debido a su sobriedad y al recurso de ubicar en espacios determinados los hechos del mito, la figura de Prometeo no pasa a ser sino un ser humano de carne y hueso solamente coronado por la leyenda, mas no por el mito o por la alegoría que subyace y se deja ver entre líneas las otras versiones haciendo de Prometeo un símbolo capaz de trasmitir diversas lecturas sobre todo morales y aleccionadoras o compasivas y emotivas, presenta pues el mito desmitificado circunscribiéndose en la postura del evemerismo[26] que, a nuestro parecer, logra un impacto inverso a los mitos alegóricos pues éstos conllevan una moraleja que se intuye en nuestro interior aunque racionalmente sabemos que nada de lo que se dice tiene un sentido literal, mientras que los mitos que apuntan hacia la divinización de un heroísmo por medio del mito, nuestra razón se desengaña aún más puesto que le parece mucho más inverosímil de lo que pueda apreciarse un mito alegórico, pues el solo hecho de querer ubicar un hecho mitológico en un lugar existente, verdadero, es suficiente para que la razón no le de sustento sólido y por ende menor crédito.

I.3. Mitemas del Mito Prometeico

Si bien hemos repasado los puntos más acuciantes donde los mitos divergen respondiendo a la diversidad de las tradiciones orales, a la inventiva personal de cada poeta o a una doctrina u tendencia específica; ahora tratemos de señalar, sin pretender hacer examen exhaustivo, las convergencias, es decir, las constantes que siempre podríamos hallar entre las distintas versiones y que son los semas más distintivos del mito prometeico.

- La trasgresión: Es un elemento base del conflicto suscitado entre el Titanida y el Cronida, en los textos que determinamos como los más conocidos y por la cual se ha difundido mayoritariamente hasta nuestros días convergen en este punto fundamental, no obstante, se presentan con relativa disparidad, es decir, cada una de las versiones se enfoca con mayor parcialidad hacia un tipo de trasgresión u otra. En Hesíodo, la trasgresión más

[25] JAUCOURT, *Prometeo*. en BACHELARD G., *Fragmentos de una poética del fuego*, Buenos Aires 1992, p. 145

[26] Es decir, la tendencia que tiende a despoblar de toda alegoría y que proyecta el mito más bien como la divinización de las virtudes heroicas de un ser humano. Esta concepción la introdujo el mitógrafo Evémero, de donde surge el nombre de la doctrina.

apremiante pareciera la de repartir desproporcionadamente los sacrificios de los dioses a favor de los hombres y en detrimento de aquellos; mientras que en Esquilo observamos que casi no se hace mención ha ese particular sino al hurto del fuego sagrado de los dioses para trasmitirlo a los mortales quienes no conocían tal don comportando el mayor móvil del castigo impuesto. En Platón observamos que lo que se hurta es la habilidad técnica, para solventar la falta de un don especial para el hombre; y la trasgresión viene dada como respuesta de una negligencia, no obstante, llevada a cabo por conmiseración.

- El castigo: Como irremediable consecución de las trasgresiones de Prometeo, hallamos en los tres textos básicos de la tradición, el castigo infligido. Se trata, a nuestro parecer, del nudo moral y ético del mito, ya que entraña, evidentemente, la moraleja de que no hay "delito sin castigo", y como vimos, cada una de las versiones convienen en por lo menos imputarle dos castigos al Titán: las ataduras y el pico del águila hurgando su hígado. Aunque las versiones son disímiles entre sí en cuanto a lo que a temporalidad se refiere, pues mientras Hesíodo muestra ambos castigos infligidos a la vez, Esquilo los presenta en una sucesión, en un trance agonizante; y también en cuanto a los elementos de aprehensión en uno sujeto se presenta sujeto a una columna y el otro en una peña desolada… Platón lo plasma a través de su opuesto, su alter ego, Epimeteo[27]

- El águila: es el elemento más emblemático y cargado de simbolismo, de hecho, reporta diversas lecturas debido a su particularidad simbólica: "Símbolo de la altura, del espíritu identificado con el sol, y del principio espiritual"[28] dice Cirlot que son los mismos atributos de Zeus quien es el que inflige el castigo, de modo, que desde este punto de vista el águila pasaría a ser el correlato del Padre de los dioses o una extensión del mismo, quizá funge como mensajero, pero de todos modos, la misiva es la misma castigar la temeridad, la osadía, la soberbia del titanida y qué mejor lugar que el órgano encargado de regular los estados de ánimo y los humores; de modo que el hígado es junto al águila otro símbolo anexo al castigo.

- La soberbia: es el vicio que debe purgarse del ánimo, es el elemento perturbador e intolerable para el Cronida. Si bien Hesíodo la hace presentar como una burla, como una mala chanza de un bromista malintencionado, es cierto que se refleja, quizá en menor

[27] Protágoras. vv. 320-323
[28] CIRLOT, J.E., *Diccionario de símbolos*, Barcelona 1997, p. 71

grado, la soberbia en esa actitud cínica e irreverente hacia Zeus. En Esquilo, en cambio, el orgullo prometeico es un elemento constante y pronunciado rayano casi en el paroxismo, pues, ateniéndonos a lo que hemos venido diciendo en relación con el drama de la tragedia, la razón por la que pensamos esto sea así es que, aparte de justificar el merecido castigo, Esquilo la presenta como un grito de demanda hacia el Padre de los dioses.

- La venganza de Zeus: Es el verdadero, pero subrepticio, móvil que impele al Cronida a ejecutar inflexible sus tremendos castigos. Sin embargo sea quizás en Esquilo donde se pueda transparentar este hecho, pero en las dos restantes este rasgo se encuentra de igual modo pero ya entre bastidores, pues siempre nos encontramos con el castigo impuesto al titanida a modo de "hacer justicia" pero el viso de la venganza se ve cuando se extiende el castigo a los protegidos de este que, aparentemente, son inocentes de las ofensas a Zeus.

II. La ambigüedad de la figura mítica de Prometeo

Además de las disyuntivas que observamos en el punto anterior en torno al mito de Prometeo, la figura mítica en sí misma comprende algunas ambigüedades, que bien podríamos considerar como tópicos en los que oscila el mito y que no dejan de ser blancos de mira para la crítica y los estudiosos de los mitos, sin que, claro está, tratándose de materia tan oscura como resultan ser éstos, se determine un fallo que logre esclarecerlos o precisarlos, sino que resulta más bien una red de conjeturas, aunadas al ya oscurecido carácter que en ciertos puntos presentan.

En cuanto al mito de Prometeo tenemos varias incógnitas que trataremos de dilucidar aunque sin pretender llegar a un fallo concreto, pues como todas las ambigüedades, éstas en el mito no dejan de tener su esencia ambivalente, y sería asaz osado, afirmar o negar con todo rigor cualquier especulación naciente del vasto universo enigmático, alegórico y simbólico de este mito o de cualquier otro.

II. 1. ¿Prometeo benefactor o enemigo de la humanidad?

Esta interrogante salta a la vista apenas nos ponemos a sopesar los atributos, aunque también valdría decir virtudes, de Prometeo. Nos encontramos al leer el mito, sea cual fuere la versión que leamos, con un personaje preocupado, que siente conmiseración por una especie destinada a la aniquilación o bien por una raza desprotegida del abrigo contra las inclemencias del tiempo o las circunstancias; una divinidad que es castigada severamente por su inescrupolisidad y su favoritismo, y que, no obstante, acepta su destino y no se arrepiente en absoluto de sus actos, pues los considera piadosos y hasta justos, un detractor y dementor del altísimo, del Señor Supremo del Olimpo, al cual juzga de inclemente, de litigante e injusto; un mártir en *pro* de la humanidad, miserable raza abandonada al fatuo destino… ¿Siendo así qué dudas podría haber de que Prometeo se presenta al hombre como su benefactor? Pues, también es un ser astuto y sagaz, capaz de elaborar tetras y engaños y proceder malintencionadamente, con tal de lograr sus objetivos, es una deidad soberbia y, en contraste con su perfil de sabio, de razonable, no escucha razón alguna, ni consejo alguno, ni teme a la ira de un Dios iracundo, es arrogante en su discurso, se vale de las galimatías, del entuerto, del engaño, de la extorsión exclusivamente

para satisfacer sus fines… ¿y cuáles pueden ser esos fines? Siempre se debe tener presente que es un ser astuto, que se mueve subrepticiamente, que oculta enigmas en su corazón, un rebelde tan apasionado en su pugna ¡es de temer! Podría también aspirar al trono y reinar para que se cumplan solamente sus designios y prevalecer en la tiranía hasta que el tiempo y el destino lo decidan… Estas podrían ser las cavilaciones de un Zeus o un Dios reinante tratando de examinar su oponente para proteger su trono y su soberanía. Ciertamente ya observamos, en el punto anterior, que este contraste ya fue tratado en la antigüedad por Esquilo y Hesíodo respectivamente, que mientras Esquilo comprende a Prometeo como el símbolo del saber y del progreso[29], Hesíodo culpa al titanida de todos los males y desgracias que le acaecen al hombre, pues ambos, parten de sus concepciones acerca del origen del hombre, que sin embargo, son completamente antónimas mientras que uno lo atribuye a un origen divino y luego de la intervención de Prometeo cae en desgracia; el otro comprendía al hombre en un estado salvaje y sólo por la ayuda y los dones que recibe de mano del Japetonida logra salir de la ignorancia y de la ceguera en que estaba sumido.

Pues bien, prescindiendo de ese elemento de la condición del hombre, y yendo más allá del argumento del mito, tanto Prometeo como Zeus entrañan, a nuestro parecer, dos caras de la misma moneda son dos entidades opuestas sujetas por un mismo núcleo y entran en pugna precisamente por la conquista de ese núcleo que los sujeta, pues, es sinónimo de Poder, de soberanía, de un regimiento universal, de modo que las decisiones que ambos toman no dejan de estar revestidas, muy en el fondo, de una capa de egoísmo que deben purgar para regresar a la armonía, a la reconciliación, a la unidad que prescriba el bienestar del universo. Volviendo al mito tratado por los poetas, justamente ese aspecto de ese Zeus, representado por los griegos, dado a cierta imperfección y que debe aprender a equilibrarla o erradicarla por completo para que pueda presidir su soberanía con alta dignidad moral y bienhechora nos brinda Weil esta reflexión:

> "Para nosotros, sin duda, Dios ha sido siempre lo que será, de toda eternidad; es inmutable, porque perfecto. Guardémonos de atribuir la misma idea a un poeta helénico… Los dioses de los griegos, después de haber sido inicialmente los elementos y las fuerzas del mundo visible, se separan insensiblemente de la naturaleza para convertirse en personas semejantes al hombre, bien que siéndole muy superiores. Esos dioses han nacido, crecido y luchado; han tenido sus aventuras, su historia. Tanto vale decir que no pueden permanecer siempre

[29] πᾶσαι τέχναι βροτοῖσιν ἐκ Προμηθέως [Todas las artes han venido a los mortales, de Prometeo] *Prom*., v. 506

> idénticos a sí mismos. Zeus llegó al poder por una revolución violenta… Todo poder nuevo es riguroso. No por ser dios se escapa a esta ley de las revoluciones. Zeus era al comienzo, pues, duro y tiránico… Pero, después de una larga dominación ha consolidado su poder…, una era de paz sucede a la violencia, y Zeus se convierte en el Señor bueno y sabio a quien adoran los Píndaro y los Esquilo." [30]

Más consolidado con lo que decíamos anteriormente de la culpa recíproca de ambos personajes Séchan analizando el Prometeo encadenado de Esquilo hace una acotación importante que apunta muy bien hacia la equidad entre las fuerzas. Veamos:

> "El Δεσμώτης se sitúa precisamente en el estadio de esa "violencia brutal"; es como un último relumbrón de teomaquia, en que cada uno de los adversarios tiene su parte de culpa: cólera y crueldad hacia un benefactor, por parte de Zeus; presunción, tozudez e insolencia sacrílega de parte de Prometeo. Pero tanto el uno como el otro se enmendarán y llegarán así a una composición en el curso del desarrollo trilógico; ambos cambiarán, por obra del tiempo, para aunarse a la sabiduría"[31]

De modo que, si hubiese que determinarse un fallo por medio de la conducta o por la culpabilidad de los antagonistas tampoco podríamos llegar a un acuerdo a la hora de calificar cuál de los dos personajes es más lesivo y negativo para la raza humana, el mismo Hesíodo apunta que Zeus "preparó un bello mal a cambio de un bien"[32] cuando castigó a los hombres enviándole a la mujer, y según Esquilo castiga al titán para que "renuncie a ese papel de bienhechor del hombre"[33] y en cuanto a Prometeo el de "taimados pensamientos" ¿cuántos pesares no trajo a la humanidad? Por su culpa el Padre del Olimpo se ensaña contra los mortales, castigándolos doblemente. Mientras exista esa disputa en el cielo, mientras los mismos dioses no hallen armonía entre sí y aprendan a superarse a sí mismos, no habrá beneficio verdadero para los mortales, pues, hemos de padecer los designios de los dioses y hasta ser víctimas de sus más simples caprichos, como la tinaja de Pandora, sólo guardamos la esperanza dentro y la respuesta a la resolución de nuestro destino, sólo nos lo puede enseñar el paso del tiempo[34], como bien ha dicho Prometeo.

---

[30] H. WEIL, *Ét sur le drame antique*, p. 82 y ss. en SÉCHAN, L., *El Mito de Prometeo*, cap.IV, p. 32
[31] *Op. cit*. p.
[32] *Teog*. v. 585
[33] *Prom*. vv.9-12, p.273
[34] ἀλλ᾽ ἐκδιδάσκει πάνθ᾽ ὁ γηράσκων χρόνος *Prom*. v. 981

II.2. Asimilación Prometeo-Jesucristo y Prometeo-Lucifer

Aquella duda que se nos presenta en torno a la función de la figura mítica que venimos tratando como benefactor o enemigo de la humanidad trae a colación otra ambigüedad presente: La posible evocación de Prometeo como ente del bien o del mal alternativamente.

Ya es hora que se vaya presentando el mito en relación con otros textos y tradiciones que bien sea por la suposición de que entre pueblos distantes unos de otros es el espíritu humano que tiende a proporcionar temas con paradigmas similares entre sí, o bien porque la oralidad no conoce fronteras y un mito primordial se ramifica según la idiosincrasia de cada pueblo pero en esencia conserva sus contenidos originales; lo cierto es que se hallan varias similitudes con otras figuras míticas y ciertamente también encontramos muchos ecos de Prometeo en las figuras protagonistas por antonomasia del texto bíblico: Jesucristo y Lucifer. Estas semejanzas van en colación con el tratamiento de la figura de Prometeo en dos facetas: positiva y negativa, las cuales hemos venido adjudicándole en este trabajo a Esquilo y Hesíodo respectivamente.

En cuanto a la asimilación que Prometeo tiene con Jesucristo, la encontramos, como es de suponer, en su faceta positiva; pues Esquilo nos presenta un Prometeo que se conduele por la humanidad que va ser aniquilada, el caso de Jesús es casi idéntico quien se encarna para padecer y expiar los pecados de la humanidad también amenazada de ser destruida; Prometeo, al igual que Jesús, conoce ya su destino y lo enfrenta resignado y jamás se retracta de su proceder; Prometeo enseña a los mortales, además de las artes habilidosas, las artes adivinatorias y enseña el don de la curación, Jesús también enseña a sus discípulos los misterios divinos y da a los enfermos curación milagrosa; el suplicio de Prometeo consiste en ser sujetado con cadenas, colgado y clavado sobre la roca del Cáucaso en un lugar desértico, Jesús es crucificado, lo cual incluye ser sujetado, colgado y clavado, además también se hace sobre un peñasco de la Gólgota que no es otro lugar que un calvario[35]; el coro de las Oceánidas que se apiadan de Prometeo y vienen a darle consuelo encuentran su correlato en la escena bíblica con las mujeres que se quedan junto a la cruz y el séquito de los sumos sacerdotes hebreos junto a los centuriones que lo humillan también le dirigen casi las mismas palabras que Océano dirige a Prometeo: "sálvate a ti mismo" [36] ; la estaca que el centurión clava al costado de Jesús recuerda el corvo pico del águila

[35] Calvario del lat. *Calva* "calavera", traducción del griego κράνιον a su vez de *Golgotha* del hebreo
[36] Estas son las palabras del texto bíblico. Esquilo pone en boca de océano

royendo el hígado de Prometeo; los truenos y el temblor de la tierra y las palabras que dice Jesús en la cruz en su estertor postrero "¡Díos mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?" también tienen su correlato en los versos finales con los que Esquilo cierra la tragedia poniendo como último pergeño de la misma, la queja que el titán lanza al éter: "¡Oh, éter que haces girar la luz, común para todos! ¿Estáis viendo cuántas son las iniquidades que me agobian?"[37]

Al parecer los padres de la Iglesia ya han supuesto dichas semejanzas, a juzgar por el comentario que hace Séchan sobre la misión de cristo que homologa a la de Prometeo que abre la posibilidad de una nueva religión ante la tiranía del Cronión. Veamos:

> "Para los Padres de la Iglesia, por ejemplo, Prometeo no solamente, al evocar un redentor futuro, habría vislumbrado en cierta manera la misión de Cristo, sino que también ese Titán quien por haber amado demasiado a los hombres, sufre como ellos hasta en su propia carne, les parece prefigurar el destino del Dios Hombre"[38]

Ahora bien, se había mencionado que la figura de Prometeo presentaba, encarnaba o representaba, alegóricamente, a dos personajes protagónicos del texto bíblico, ya planteamos las similitudes del primero de ellos; ahora observemos al segundo.

Para asimilar a Prometeo con Lucifer el primer reparo que uno hace es en la actitud soberbia de ambos personajes ante el *Dios Soberano*, la rebeldía de no querer doblegar su voluntad bajo los designios de ningún dios superior; Aunque antes de su rebelión Lucifer era, en su envestidura angelical, Luzbel amigo de Dios, Prometeo también era amigo de Zeus antes de caer precipitado en el Tártaro y en Esquilo menciona a Océano como compañero de argucias contra Zeus y después de encadenado a la roca las Oceánidas quieren compartir su suerte; Satanás metamorfoseado en serpiente tienta a la mujer para que coma del fruto prohibido desencadenando así la ruina para la humanidad, en esto, sin embargo el mito muestra a un Prometeo avisado en el ardid de Zeus y previene a su hermano Epimeteo, su *alter ego*, a no aceptar ningún regalo del Cronida quien desobedece y acepta a Pandora que igualmente desacata una prohibición y destapa la tinaja que contenía todos los males imaginables para los mortales; según tradiciones cristianas marginales y en libros apócrifos[39] Lucifer una vez que es vencido por el arcángel Miguel

[37] *Prom*. vv. 1090-1092
[38] *Op. cit*. p.13
[39] Este corresponde al *Libro de Enoch*

éste lo precipita al averno y lo ata a fuertes cadenas en el abismo[40], con la misma razón que es atado el Titán a la roca del Cáucaso: para que no continúe sus fechorías impartiendo la ruina para los hombres; además de todos los aspectos que comparte Prometeo con Lucifer tocantes a su talante y reputación reconocidos siempre como: instigadores, calumniadores, soberbios, insolentes, indomables, astutos, pérfidos, injuriantes, sarcásticos, impetuosos, intrigantes, perturbadores y siempre asociados a las calamidades del hombre, no hay por qué descartar la asociación que ambos tienen con el fuego y que por cierto etimológicamente pareciera haber cierta correspondencia, pues se ha querido ver en la etimología de la palabra Lucifer a un mensajero de la luz «*fuego*», ya que la misma está compuesta del vocablo latino: *Lux, lucis* (luz, brillo) y del verbo *fero* (llevar), de ambas resulta: *Lucífero* «el que porta la luz»[41] correspondiente exacto del Πυρφόρος.

Sin embargo, hay que hacer la salvedad de que estos paralelismos son fortuitos, ya que se considera tal nombre como espurio, no obstante, en contraposición con el mito, se ofrece una correspondencia bastante asertiva.

Para finalizar este punto y llevando ilación con el anterior donde se planteó que ambos personajes, Zeus y Prometeo, era dos lados de una misma cosa y que la única esperanza que le queda a los hombres es la restitución de la armonía con esos elementos: el bien y el mal. Observemos el fragmento siguiente:

> "En efecto, el mal presente en el mundo y representado por Satanás es solamente una ausencia de bien (…) Se contempla entonces también la eventualidad de una redención final de Satanás, al menos en forma de *posibilidad* procedente de su libre albedrío y de su capacidad de arrepentimiento."[42]

Sólo resta decir que esa apocatástasis entre Dios y Satán, al parecer, también la planteaba Esquilo entre Prometeo y Zeus en la tragedia que supuestamente cerraba el ciclo: Prometeo Liberado.

[40] Hay un grabado de Albert Dürer que ilustra muy bien este pasaje

[41] Sic: "Nombre tradicionalmente atribuido al Diablo, sobre la base de una traducción y una interpretación errónea de Isaías (XIV,12), donde se lee: «¿Cómo caíste del cielo, Lucífero, hijo de la aurora?» (Lucífero = Lucero del alba). En realidad, en el antiguo testamento no se hace nunca mención de la caída de los ángeles; el texto citado se atribuía al rey Nabucodonosor. Pero a partir de San Jerónimo, la ecuación Lucifer = Satanás cobra mucha fuerza y encuentra sobre todo gran eco en la literatura" MASSIMO, I., *op. cit*., *Lucifer*, p. 302.

[42] DI NOLA, M. A., *Historia del Diablo*, Madrid 1992, pp. 233-235

II.3. La pareja Epimeteo - Prometeo

Otra figura que ofrece cierta ambigüedad, aunque ya ésta conforma parte del mito, es el hermano de Prometeo; Epimeteo que la mayoría de los críticos a partir de las raíces etimológicas que ofrecen ambos nombres, sobre todo por las preposiciones προ [antes de, con antelación] y ἐπί [luego, después] que preceden el vocablo μῆτις [sabiduría, ingenio, prudencia] llevan a contrastar lo como un lado negativo de Prometeo. Por consiguiente también se ve en la pareja Epimeteo-Prometeo dos aspectos de una misma realidad, partiendo de la posición de que estas figuras míticas como dioses antropogénicos son vistos como símbolos del carácter de la humanidad.

> "La doble forma Prometeo y Epimeteo representa la raza humana o, más exactamente, la raza de los hombres. La astucia y la necedad, al complementarse, caracterizan a la humanidad. Sin la astucia prometeica y la necedad epimeteica, no hay humanidad"[43]

También se comprenden, más allá del simple carácter de lo humano, como lados de la doble naturaleza del hombre que conforman su ser más intrínseco, la parte terrenal por un lado y la elevada o espiritual por otro, conformando la unidad o como decía Kerényi "un ser híbrido, un ser primordial" [44] en este sentido también lo interpreta Medrano. Quien además también le adjudica el carácter de la *psiquis* humana y del *nous*, cuestión de la que nos ocuparemos en el siguiente punto. Aquí, quedémonos con esta brillante reflexión

> "Una parte del hombre pertenece al mundo del ciego destino y a su devenir, se trata del hombre exterior, el cuerpo, también conocido como Adán o Epimeteo. Otra parte, la esencial, es independiente del destino: se trata del hombre interior, al que también puede llamarse hombre *pneumático*, *psykhé, nous…* o Prometeo. Los hombres que se guían exclusivamente por sus sentidos están dominados por las apariencias. Aceptan como ciegos lo que les entrega el devenir y no se interrogan sobre nada de lo que les sucede. Por el contrario, quienes se guían por su alma desconfían de los hermosos regalos de los sentidos y son capaces de vencer a los fantasmas del mundo sensorial y con ellos al destino, consagrándose al único esfuerzo que vale la pena, el de la búsqueda de sí mismos, pues saben que en su interior se esconde un yo más luminoso y más originario que el de la carne"[45]

[43] KERÉNYI, K., *Níobe,Neue Studeien über antike Religión und Humanität,* Zurich 1946, p.41
[44] KERÉNYI, K., *Prometheus,* Zurich 1946, p.20
[45] Ibid. p.78

III. El logos simbolizado en Prometeo

III.1. Determinaciones del Logos

Walter Brugger en su *Diccionario de Filosofía*[46] apunta al menos ocho concepciones diferentes del *logos*, concepciones que nos permitiremos citar aquí para confrontarlas con el mito, y más específicamente, con lo que muy bien podría llamarse las "virtudes prometeicas", nos referimos a aquellos dones que tan orgullosamente Prometeo nos transfiere al momento de entregarnos el fuego y que Esquilo recoge en un prontuario[47] bien definido en el que, ciertamente, se comprenden estos puntos.

La primera definición que recoge dicho diccionario en cuanto al logos es su concepción más patente: "logos significa discurso, palabra (verbo), palabra dotada de sentido" antes de Prometeo se habla de una humanidad rústica, primitiva, de hombres que "habitaban como las hormigas ágiles, en el fondo de grutas privadas del sol", lo cual recuerda al hombre de las cavernas el cual aún no poseía palabra articulada, solamente podía emitir sonidos sin significado alguno, o quizás simples onomatopeyas de las criaturas y elementos de su entorno. Consecuentemente se sigue con esta definición: "el nombre se traslada después al sentido mismo, al concepto, al contenido de pensamiento, al «verbo interior», que tiene su expresión en el verbo exterior, en la palabra externa" y es que resulta evidente que el *don de la palabra* no tiene otro origen que el pensamiento precedente, y siendo ésta la herramienta con la que podemos emitir nuestros pensamientos, comprende por antonomasia la individuación lo que a su vez comprende la consciencia de sí, y es esto precisamente lo que, a nuestro parecer, teme Zeus en Prometeo, y por extensión en su raza protegida, pues teme a la capacidad de individuación, de pensamiento propio y por ende a la capacidad de queja, de protesta y desaprobación, de disentir del pensamiento, hasta entonces, único y supremo, en fin teme a la rebelión y a la insumisión. El tercer concepto que nos encontramos expresa lo siguiente: "se llama especialmente logos a aquel contenido que indica la razón o fundamento de algo" que trasponiéndolo al caso esencialmente humano se traduce en: *razón de existir* lo cual va asociado a la *consciencia de sí*, y buscar esta razón es lo que despierta en el hombre la *inquietud*[48], la necesidad de encontrar una razón a su existencia, la cual trata de satisfacer por medio de la *creación* que es esencialmente nuestra herencia prometeica. La concepción siguiente es un tanto más

[46] WALTER BRUGGER S. I. *Diccionario de Filosofía*, Barcelona 1972, Logos, p.321
[47] *Prom*. vv.235, 445-506
[48] Esta es, según Higinio, la diosa que modeló la figura del hombre. Cf. MEDRANO, L., *op. cit*., p.17-21

concreta: “A veces se denomina también logos [a] la esfera íntegra de los pensamientos, de las ideas, del espíritu, en oposición a la esfera del ente material o de la vida orgánica, corporal al bios, o, para distinguirla de la esfera de la acción moral, del ethos.” Y es lo que corresponde, a nuestra manera de ver, al logos simbolizado en el fuego prometeico, al pensamiento *puro*, sin desvirtuaciones, sin entramados, ni categorías, es decir, a la chispa primigenia del nous, la misma que brillaba en la cabeza de Zeus; la luz omnisciente, la luz omnisapiente que iluminaba la prístina conciencia de los dioses, una chispa pura del Sol y que Prometeo osó hurtar para dársela a los seres imperfectos que no la comprendieron ni le dieron el justo provecho sino que la desvirtuaron, dándole un uso material, un uso común y vano. El siguiente concepto es el correlato del anterior. Veamos: “Logos designa también la idea ínsita, por decirlo así, en la realidad, incluso en el mundo corpóreo, o sea la configuración y forma de las cosas determinada por las ideas, la contextura racional a aquéllas. Por esta estructura y orden racionales provistos de sentido, el mundo físico se convierte en cosmos oponiéndose a un caos irracional” es pues, aquel pensamiento *abstracto*, indefinible, capaz de abarcar el todo transformado en pensamiento *conceptual*, limitado, estructurado y lógico, lo que por ende, comprende lo tangible, lo material y lo corpóreo, es decir es la lógica pragmática que preside al mundo terrenal, el conocimiento *puro* desvirtuado, el fuego fatuo que nos entregó Prometeo. Las concepciones siguientes son extraídas de la tradición filosófica antigua y que no dejan de ser concomitantes con las anteriores: “Este fundamento primitivo intelectual del universo que lleva en sí todas las ideas recibe igualmente en la filosofía antigua el nombre de logos. Heráclito y los estoicos entendieron este logos como una razón universal que todo lo penetra y lo domina” como vemos entra en estrecha relación con aquel pensamiento *puro*, aquella chispa primigenia de los dioses. “Para otros, como Filón, el logos era un ser intermedio entre Dios y el mundo, mediante el cual Dios creó a éste.” Nos atreveríamos a decir que ese “ser” no es otro que el mismísimo Prometeo, quien precisamente es el intermediario entre cielo y tierra y que gracias a su ardid ésta siguió su curso creativo e intelectivo. “Desde San Agustín la explicación del Logos está en el hecho de que el Hijo es engendrado por el conocimiento del Padre” lo que correspondería a ser, gracias a su ingenio, legítimos hijos de Prometeo.

III.2. El fuego Prometeico: Luz de la conciencia

Indiferentemente de la multivocidad simbólica del mito de Prometeo tendría que reconocerse al menos dos hazañas que lo asimilan como estandarte de la "inteligencia" y del "progreso", que lo entronizan como *creador*, como *dador* del patrimonio humano: proporcionarnos el *fuego* y las *artes*. Y éstas, más que dadivas, en realidad son la impronta prometeica que han marcado los estratos del conocimiento y de la integridad humana en su fuero y condición interna, o lo que a lo humano lo hace ser tal, y quizá como lo ha denominado Nietzsche lo que lo hace ser "Humano demasiado Humano"; lo que evoca, lo que representa, el significado de lo humano siempre será su individuación y su sed de conocimiento herencia directa de nuestro próvido amigo Prometeo. Así se nos muestra como emblema de la Humanidad, claro está, señalándolo de manera unívoca, es decir, acuñándolo como figura sintética, como un *ex libris* del libro que contiene, gracias a su generosidad, las proezas y portentos de la Humanidad.

Pero el lector que ha de leer ese libro, ha de ser un lector avisado que sabe ―como todo buen lector― leer entre líneas para comprenderlo en su totalidad y darse cuenta qué tiene entre sus manos un libro maravilloso que no cuenta sólo hazañas, sino que también comprende la historia de su destino, un libro mágico que le enseña que él también es un ser mágico que puede mirar al cielo con algo de intimidad, o sea puede verse reflejado en la *esencia* que comprende los misterios universales compenetrados en el *nous* inmortal que todo lo *penetra* y lo *domina*, pues está asistido, gracias a Prometeo, de esa Luz que destella en el Olimpo, de ese fuego vivificante. Pero en la realidad, para la hermenéutica de los símbolos ¿Qué significa ese fuego? Pues ciertamente, para la mayor parte de pueblos primitivos, ese fuego es un demiurgo procedente del Sol es su representación en la tierra y en los jeroglíficos egipcios, con el sentido solar de la llama, aparece asociado a la idea de vida y salud traduciéndose somáticamente como calor corporal[49] contraponiéndose entonces en dos sentidos: etéreo y telúrico, el primero de ellos es inmanente de su esencia y el segundo es externo, corporal, material; de modo que, relacionando el fuego con el Ser, comporta dos estratos de éste y contenido dentro de las determinaciones del logos vemos que se corresponde con la cuarta y la quinta:[50] el logos abstracto y el logos conceptual, el fuego puro y el fuego fatuo, fuego que tampoco pierde su naturaleza trémula en el hombre,

[49] Cf. CIRLOT, *op. cit* p.215
[50] Vid. supr. p.23

quien, siempre veleidoso, oscila entre las sugestiones de la carne y el espíritu. Pero siempre habrá que recordar que el fuego que se ha robado Prometeo es el fuego centellante de la inteligencia de Zeus, es la Luz pura que guardan celosos los dioses en el Olimpo, su resplandor es fulgurante y tiene el poder de irradiar y engendrar vida, la diosa Atenea – Señora de la Sabiduría – surgió directamente de la resplandeciente cabeza del Cronida; pero también ese mismo resplandor puede extinguir la vida y fulminar a quien no lo resista como la desdichada Sémele; de modo que ese fuego no es otra cosa que el espíritu, el *voῦς*, la conciencia del hombre, la fuerza generadora de la vida, por ende el alma universal y principio activo del mundo; ese ha sido el fuego que ha robado el muy osado Prometeo para los "efímeros" una chispa sagrada que ilumina la conciencia del hombre pero que dependerá siempre de él conservarla pura u ofuscarla en la materialidad y hacer de el un fuego fatuo que ha de determinar su propio destino. Bachelard hace la siguiente reflexión:

> "Quien aporta el fuego aporta la luz, la luz del espíritu – la claridad metafórica –, la conciencia. Prometeo ha robado la conciencia a los dioses para dársela a los hombres. El don del fuego-luz-conciencia abre al hombre un nuevo destino. ¡Qué duro deber mantenerse en ese destino de conciencia, en ese destino de espiritualidad!"[51]

Así pues, si cada hombre guarda en su alma el don de Prometeo, el fuego que lo anima, ha de mantenerlo incólume para que no se desvirtúe, pero lamentablemente, éste se le presenta en su doble concepción: positiva y negativa. Y los hombres somos de almas veleidosas y nos cuesta remontarnos a la luz, pues somos *seres de sombra*, y aún cuando nuestro proveedor Prometeo nos haya ofrecido la diáfana Luz del Olimpo, hemos transformado ese fuego en un incendio que si no somos capaces de detenerlo, nos devorará en sus llamas, nos consumirá irreversiblemente, y quizá ese sea el destino pues hay que recordar que el fuego es el gran purificador y debe arrasar todo a su paso para que luego el tiempo se encargue de regenerar los mundos que como el ave Fénix resurgirán de sus cenizas.

[51] G. BACHELARD, *Fragmentos de una poética del fuego,* Buenos Aires 1992, pp. 141- 42

EPÍLOGO:

LA FATALIDAD DEL FUEGO PROMETEICO

> "La leyenda de Prometeo refleja los terribles peligros inherentes al don de la luz de la conciencia; a tal punto que quien entregó esa luz a los mortales, sólo pudo hacerlo cometiendo el crimen de violar las leyes de los dioses, y debió expiar este acto por una eterna herida en el centro de su vida instintiva"[52]
>
> G. Bachelard

Ese Titán que cometió la blasfemia, el crimen de trasformar la disposición divina para el progreso de una raza que estaba destina a la extinción, debe expiar condenado a presidio eterno, a aherrojadas cadenas su exceso de *inquietud*[53], su apasionamiento por una raza que no sabría disponer correctamente de tan preciado don y por ello ella misma debió sufrir la maldición que pesa sobre sus hombros: la conciencia de existir, atados al padecimiento que implica el vivir y aunado a ello soportar la contraparte maldita de su ser e irónicamente rodearla de amor, pues es parte de «sí mismo», el funesto don que Zeus envía a los hombres para aminorar la productividad del fuego; asimismo Prometeo se verá cubierto bajo la temible sombra de las alas del águila que roe continuamente el órgano que presidió su altivez, su orgullosa *manía* de cambiar el designio de los dioses que irrumpió la armonía celeste, que cambió el curso del destino del hombre para siempre, que ahora ¡vive! Sí, pero maldito por saberse vivo, por su propia existencia. ¡Justo ha de ser el castigo del culpable!

> "De éste ha procedido la ruptura, provocada por un exceso de sensibilidad ante el sacrificio necesario a un orden mejor; sensibilidad que ofusca su inteligencia y la torna incapaz de elevarse hasta la comprensión del conjunto. Es un "apasionado de corta visión", que ha hecho el bien —o lo que el creía tal— por inclinación arbitraria y no con la sana razón por guía. Por otra parte, la humanidad a la que ha preservado permanecerá, aun después de sus dones, como la humanidad de los "efímeros", llena de debilidad e impotencia, y Prometeo será la causa de todo el mal futuro, del que no es responsable Zeus. Ese apasionado estaba también enceguecido por su orgullo: no ve sino sus propios derechos, sus propios servicios, y su castigo estará en justa proporción con su ὕβρις [soberbia]."[54]

Y ¿cuál es el crimen de la humanidad? Si ha cometido un crimen es no haber sabido apreciar el regalo prometeico, haber dispuesto de ese fuego para fines rudimentarios y

[52] Bachelard, *op. cit*., p.52
[53] Recuérdese la fabula de Higinio.
[54] SÉCHAN, L., op. cit., p. 29

vanos, una humanidad *efímera* que no merece la preciada Luz de Zeus, porque no halla como expandirla con sabiduría verdadera, sino que, como buenos ahijados del Titán, nos apasionamos ante su brillo y ofuscamos su esplendor al querer dispersar ese fuego para groseros fines, para el desarrollo de su técnica, para fraguar la civilización devota a ese fin rudimentario y material, aprovechando así solamente el cariz devorador del fuego, excluyendo su beneficio autóctono que es *iluminar* la conciencia, no consumirla en un fuego fatuo que sólo le interesa forjar las pesadas cadenas de la civilización con el frío hierro de la indiferencia, en fin, ciegos por haber ofuscado la luz de la conciencia no comprendiendo su verdadero esplendor. Bachelard acota lo siguiente:

> "El fuego sería un don demasiado material si no estuviera acompañado por la luz. La luz misma no sería más que un pobre don si se juzgara por su utilidad, si no se traspusiera su valor en el reino de la conciencia lúcida. En el reino de la lucidez va a desarrollarse un superprometeísmo" [55]

De modo que, el castigo de Prometeo, injusto o no, lo cierto es que tiene sus repercusiones negativas inmediatas que no es otra que habernos sacado de ese feliz estado de ataraxia en el que nos encontrábamos cuando Cronos presidía el Olimpo y cuando aún Zeus era amigable con la raza humana y compartíamos el mismo elixir y ambrosía de los dioses, de habernos importunado llenándonos de espíritu propio a través de la fatalidad de aquel fuego prometeico que irrumpió nuestra relación con la divinidad y, una vez proscritos, nos siguió asechando con la ruina de la conciencia de vivir y sufrir nuestras calamidades, calamidades impuestas en su mayoría por nosotros mismos en nuestro afán de "progreso".

> "El fuego desorientó a la humanidad, alejándola de la naturaleza y empujándola a poner todo su ingenio en la búsqueda de comodidades culturales. Al buscar lo nuevo a cualquier precio, el hombre se ha negado a sí mismo la felicidad"[56]

Felicidad cada vez más lejana, cada vez más sombría, que por irónico que parezca, se fundó en el fulgor de la claridad, y que quizás en un principio y hasta por el mismo Prometeo haya sido dada con la mejor de las intenciones, aunque eso es una cuestión que habrá que determinar, pues, Esquilo también lo presenta sabedor del porvenir - cuestión que ya radica en su propio nombre- y por tanto ha de suponerse que sabía también el funesto destino que le acaecería a la humanidad andando el tiempo, gracias a ese don que era demasiado para tan torpe criatura; sin embargo, sólo podría hacerse la salvedad de que

[55] *Op. cit*, p.144
[56] MEDRANO, L., *op cit.*, p. 39

era un espíritu soberbio, y que a pesar de su clarividencia, estaba cegado por su orgullo y tal vez, sólo tal vez, quería darnos ese don para progreso nuestro sin medir consecuencias, y por ello, Esquilo le da a su tragedia un aire de compasividad respecto al personaje. Quizás más avisado entre los poetas resulte Hesíodo quien perfila un Prometeo dañino en todo sentido para los mortales, que supo ver en ese fuego, el anuncio de un mal terrible para la humanidad futura, un fuego inexpugnable que terminaría devorándola.

Quizá sea ahora responsabilidad de los espíritus contemplativos capaces de avizorar este temible fin poner alarma de nuestro funesto destino. Observemos esta pertinente reflexión de Revel:

> "Mi idea es la siguiente: mientras los intelectuales consideren como normal llamar «lucha por la libertad de espíritu» y por «los derechos del hombre» la única facultad, reivindicada para ellos mismos, de pleitear en lo abstracto por la libertad mientras la rehúsan para sus oponentes y de considerarse poseedores de la verdad mientras cultivan la mentira, el fracaso de la cultura, su impotencia para ejercer alguna influencia positiva sobre la historia, en el terreno moral, continuará en el futuro para mayor desgracia de la humanidad.
> No obstante, me atrevo a esperar que ya hemos llegado al final de la época durante la cual los intelectuales se han esforzado, por encima de todo, en colocar a la humanidad bajo su dominio ideológico y que estamos entrando en la era en la que, por fin, van a ajustarse a su vocación, que es poner el conocimiento al servicio de los hombres… y no solamente en el terreno científico y técnico. El paso de la época antigua, en que la esterilización del conocimiento era tenida por norma, a una época nueva, no es, por otra parte, una opción posible entre otras: es una necesidad. Nuestra civilización está condenada a ponerse de acuerdo consigo misma o bien retroceder hacia una fase primitiva, en la que no habrá contradicción entre el conocimiento y el comportamiento, porque ya no existirá el conocimiento"[57]

La aniquilación del conocimiento, pero sobre todo dentro de los postulados del conocimiento *pragmático*, en el buen sentido de *praxis*, es decir, en la capacidad intelectual de verter el conocimiento para usufructo humano y no para su daño, es lo que el *sentido común* debería proporcionarnos, sin embargo, somos nosotros, pobladores de este turbulento, y quizás epíteto más propicio sería apocalíptico, siglo XXI quienes tenemos el último pase de la antorcha, en una lampadedromía donde se supone todos saboreábamos la victoria… ¡El triunfo de la civilización! Somos nosotros los encargados de encender, una vez más, la gran tea, pero debemos ser cautos y saber qué tipo de fuego conviene: aquel fuego esclarecedor, diáfano, revelador del camino hacia la luz de la consciencia, donde podemos vivir en armonía con el brillo del intelecto y del espíritu; o aquel fuego fatuo, que lamentablemente nos arrojará al infierno de un triste sino, donde pereceremos en la obtusa carrera por burlar y sobrepasar los sagrados designios de la divinidad.

[57] REVEL, J.F., *El conocimiento inútil*, Barcelona 1989, pp. 339 y 340

Bibliografía

— BACHELARD, GASTON., *Fragmentos de una poética del fuego*, editorial Paidós Saicf, Buenos Aires 1992

— BRUGGER, WALTER., *Diccionario de Filosofía*, traducción de CANTARELL, J.M., editorial Herder, Barcelona-España 1972.

— CIRLOT, JUAN. EDUARDO., *Diccionario de Símbolos*, ediciones siruela, Barcelona-España 1998

— DI NOLA, ALFONSO.M., *Historia del Diablo*, editorial edad, Madrid 1992

— ELIADE, MIRCEA., *La Búsqueda Historia y sentido de las religiones*, editorial Cairos, Barcelona-España 1998.

— ESQUILO, *Prometeo Encadenado*, *Poetas Dramáticos Griegos*, traducción de DE LA CRUZ J. H., W. M. Jackson Editores, México 1963.

— GOETHE, JOHANN, W., *Obras Completas* vol. III, ediciones Aguilar, Madrid 1973.

— HESÍODO, *Obras Completas*, editorial gredos, Madrid 1998

— IZZI MASSIMO, *Diccionario ilustrado de los Monstruos*, Alejandría - Olañeta J.J. editor, Palma de Mallorca 1996

— KERÉNYI, KARL., *Los Dioses de los Griegos*, Monte Ávila Editores, Caracas 1999

— KIRK., G. S., *El Mito: Su significado y funciones en las distintas culturas*, Barral editores, Barcelona 1971.

— MEDRANO, LURI GREGORIO, *Biografías de un Mito Prometeos*, editorial trotta, Madrid 2001

— PAREDES, JOSÉ A., *Lo Sagrado Del mundo arcaico a la modernidad*, Ediciones Península, Barcelona 1998

— REVEL, JEAN FRANÇOIS, *El Conocimiento Inútil*, Editorial Planeta, Barcelona-España 1989

— SÉCHAN, LOUIS, *El Mito de Prometeo*, Eudeba-Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires 1960

— SEEMANN, OTTO, *Mitología Clásica Ilustrada*, traducción por Eduardo Valentí, Editorial Vergara, Barcelona 1958.

— VERNANT, JEAN PIÈRRE & NAQUET, PIÈRRE VIDAL, *Mito y Tragedia en la Grecia Antigua* vol. II, Ediciones Iberia Paidós, 2002.